

A mis amigos andaluces

# Reconquista de la reconquista

HACE muchos, muchos años, cuando las Academias de la Lengua y de la Historia me concedieron el Premio Covadonga, concesión que movió a la segunda a llamarme a su seno algunos meses después, la ciudad de Avila me rindió un maternal homenaje y muchos amigos y vecinos me agasajaron con un gran banquete. Hubo naturalmente numerosos discursos y un poeta, habitual vereante en nuestros pagos, leyó una poesía que terminaba así: «Este joven caudillo de la Historia, viene a reconquistar la Reconquista». Se copiaron sus versos en el libro de las efemérides familiares, iniciado con el registro de la boda de muy lejanos abuelos y encuadrado en nácar. Los franquistas me lo robaron con todas mis cosas. Imagino al raptor arrancando los folios donde se consignaban recuerdos de los míos pero conservando la riquísima y bellísima encuadración.

Perdón caros lectores por esta disgresión acusatoria pero me es difícil olvidar las repañas de antaño. La frase de Carlos Luis de Cuenca, en el citado ágape abulense de 1924, me ha llevado contra mi voluntad al recordatorio registrado. La traigo hoy a capítulo porque fue profética. He pasado buena parte de mi vida reconquistando la Reconquista. En 1953 hice en la Universidad de París una conferencia en francés que titulé: «La Reconquista clave de la Historia de España». Y esa idea estuvo en la base de mi obra «España, un enigma histórico». Porque en verdad la reconquista afirmó nuestro talento milenar y sus proyecciones han llegado hasta hoy.

En 1958 hube de escribir unas páginas que titulé: «Reconquista de la Reconquista» contestando a las observaciones que Araquistain se permitió formular a mi citada obra, observaciones en que se lamentaba de que hubiese sido expulsado de España el Islam, por los reconquistadores cristianos. No han faltado desde esa época —mi ensayo apareció en 1959— algunos españoles que han lamentado también esa lejana efeméride, para mí doblemente gloriosa porque produjo la unidad nacional y porque liberó a mi patria de la triste hipoteca de la presencia en ella del islamismo.

Alguien, tan sin relieve intelectual como sobrado de pedantería, me ha reprochado recientemente mi regocijo por la conclusión de la reconquista. Le he contestado tan áspere como merecía. Pero me llega la noticia de que en la maravillosa Andalucía se lamenta hoy por algunos la ocupación de la región por los cristianos y se siente nostalgia de la presencia en ella del Islam, con añoranza de la época en que se adoraba al Sur de la Sierra Morena a Alá, el Clemente y el Misericordioso.

El enorme doble dislate me mueve a tomar la pluma para convencer a esos andaluces a quienes la pasión por su tierra natal y su deseo de gobernarse a su albedrío ha llevado a tal aberración. Pocos españoles han sentido a través de su vida una devoción pareja de la mía por la llamada tierra de María Santísima. La he visitado muchas veces. Días felices los de mi estada juvenil en Osuna, en casa de una prima de mi padre. Sus hijas, para quienes yo era «un saborío», me enseñaron a tocar y a bailar sevillanas. Después se acumulan en mi memoria horas deliciosas en cada una de las ciudades de Andalucía. Todavía me encandila el recuerdo de un baile en las ruinas de Itálica. Me han deleitado las poesías de los dos Machados que en buena parte sé de memoria. He consagrado muchas horas a estudiar la historia de la España islámica. En uno de mis últimos libros he trazado un cuadro histórico que he titulado «Un día en la Córdoba califal». Siento mágica seducción por la cultura hispano-árabe; envió a mi obra «El Islam de España y el Occidente». Ahí están mis dos tomos de «La España musulmana». No hace mucho publiqué en estas mismas páginas un ensayo que titulé «Cuatro tragedias reales... y Sevilla», transido de devoción hacia la ciudad en que alentaron los cuatro soberanos. Y sin embargo quiero hoy afirmar dos convicciones ancladas en lo más hondo de mi mente y de mi corazón. La Reconquista salvó a Andalucía de ser una piltrafa del Islam y de padecer un régimen social y político archisombrio. Y nada hay más dispar que la organización de la vida islámica, de la libertad ansiada por los andaluces de estos días.

Deliciosa imagen la de la Córdoba califal de hace mil años. Pero quien en un salto de magia pudiera acercarse hacia ella hallaría las almenas de sus murallas coronadas por los cráneos de cristianos del norte y de rebeldes andaluces. Las tropas musulnes decapitaban a los enemigos muertos, heridos o prisioneros; cargaban sus cabezas en carretas e iban repartiéndolas por las ciudades de Al-Andalus como trofeo de victoria.

Espantan las crueldades que los emires y califas realizaron. En 807 tuvo lugar la Matanza del Foso de Toledo en la que cayeron centenares y centenares de moradores en la ciudad del Tajo ante el jovencuelo hijo de Al-Hakam I y futuro Abd al-Rahman II, que tuvo toda la vida un tic nervioso en un ojo, por el terror que le produjeron las ejecuciones por él presenciadas.

En 818 estalló la llamada Revolución del Arrabal. Los moradores de Segunda se alzaron contra el emir

al saber que uno de los hombres de su guardia había dado muerte a un bruñidor de espadas. Fueron vencidos y muchos fueron ejecutados. El arrabal se sembró de sal y sus pobladores tuvieron que salir de España. Unos se establecieron en Fez, otro llegaron a Egipto, y conquistaron Alejandría y luego Creta atestigüando su valentía y su heroísmo.

El muchacho que presenció la matanza del 807 subió a la poste al trono con el nombre de Abd al-Rahman II. Docenas y docenas de cristianos sufrieron en sus días el martirio.

El emir Abd Allah, el califa Abd al-Rahman III y el gran Almanzor que rigió a su grado la España islámica, hicieron cada uno de ellos ejecutar a uno de sus hijos y el segundo de los citados asistió impávido a la estrangulación del suyo.

El mismo califa hizo crucificar cabeza abajo en las orillas del Guadalquivir a trescientos oficiales de su ejército, acusados de no haberse batido heroicamente en las jornadas de Simancas y de Alhandega (939), y cabeza arriba a un jefe de origen hispano-un Banu Qasi al que además se cortó la lengua para que no pudiera maldecir al califa, Abd Al-Rahman, mostrando su habitual crueldad, fue a verle morir, pero el bravo muladí logró lanzar un gargajo contra él y el soberano hubo de picar a su caballo para no ser alcanzado.

No estaban libres y seguros ni los ministros y favoritos de los emires y califas. Haxim ibn Abd al-Aziz, omnipotente reinando Muhammad, fue ejecutado por orden del nuevo soberano, Almundir. Al-Mussaffi, favorito y factotum de Al-Hakam II, fue asesinado por Almanzor. Y el hijo de éste, Sanchol, lo fue durante las revoluciones cordobesas de principios del siglo XI.

En el curso de las mismas, aparte de las violencias padecidas por los cordobeses, fueron destruidas Medina Al-Zahra, y Medina Al-Zehira. La ola de las habituales crueldades siguió subiendo durante la época de los Taifas. El rey de Sevilla, Al Mutadid, tenía adornado su jardín con las cabezas de sus enemigos convertidas en tiestos. Son inenarrables las atrocidades de los Ziries granadinos. Al-Mutamid mató a hachazos personalmente a su antiguo favorito.

Mancharon torrentes de sangre las tierras andaluzas durante la dominación de los almorávides y los almohades. Y siguieron derramando la los reyezuelos islamitas de los últimos siglos. Recordemos la matanza de los Abenzerarjes.

Los gobernadores o valies de emires y califas eran con frecuencia concusionarios. Abd Al-Rahman III exigió a alguno participación en los ingresos mal habidos. E Ibn Hazam

de Córdoba dijo, que los de su época, eran peor que los salteadores de caminos.

Quiero recordar también a los andaluces nostálgicos de la España islámica los mercados de esclavas a los que iban a parar las mujeres de sus harenes cuando sus amos se cansaban de ellas.

Y el gran arraigo de la homosexualidad. Abd al-Rahman III ordenó la ejecución del joven cristiano Pelayo —rehén en Córdoba— porque se negó a dejarse violar por él. Su hijo Al-Hakam II tenía bien poblado su harén pero no usaba de él porque prefería a los efebos. Y podría seguir acumulando pruebas del arraigo de tal vicio. No me atrevo a reproducir los obscenos versos de Ibn Quzman.

Y no olvidéis tampoco que fue muy cruel la situación de las clases inferiores, esclavizadas con frecuencia y sometidas siempre a duros y humillantes trabajos.

No, amigos andaluces, abandonad vuestra nostalgia de la España islámica. Las maravillas de su cultura, de su ciencia, de su filosofía, de su poesía, de su erudición, de su arte están balanceadas por sus torpezas. Pero además quiero recordaros fallas graves de su vida social y política.

Faltaba a las sociedades hispanomusulmanas y en general a todas las sociedades islámicas algo que triunfaba en la España cristiana norteaña. Una concepción jurídica de las relaciones entre los hombres basada en el respeto a sus propios y recíprocos derechos. La ciencia, las letras, la técnica, el desarrollo económico no lo son todo en la vida de los hombres y de las naciones. Nunca conocieron los pueblos islámicos, nunca conoció la España musulmana, el sentido y el valor de la libertad política que los cristianos concibieron y lograron. Las ciudades moras andaluzas nunca soñaron en organizarse en municipios libres como los cristianos españoles, y nunca en limitar la autoridad regia; limitación por la que batallaron con éxito los moradores en los reinos norteaños de la Península. La sociedad musulmana de España estaba condenada a la esterilidad como las otras sociedades islámicas parejas de Asia y África. Ahí están los pueblos musulmanes que han padecido una larga noche de siglos, una larga noche de barbarie y de incultura y han vivido sin gozar de las más mínimas libertades. Ahí están los pueblos islámicos que al despertar de sus tinieblas asombran y espantan al mundo occidental. Recordad la estampa iraní de un musulmán matando a un camello en una plaza de Teherán, en honra de Al-Jumaini; y la de otros degollando al mismo fin cientos de corderos, como podían haberlo hecho y lo hicieron

ron hace muchos siglos en la España musulmana.

Porque la cristiandad triunfó en tierras hispanas pudimos los españoles realizar nuestras gestas americanas y europeas. Y pudimos crear la España del siglo de oro, mientras una nube de sombra cubría las tierras fieles al islamismo y los islamitas seguían aherrojados.

El hombre para realizarse como tal ha ido, despaciosamente y zigzagueando a veces, eso sí, recorriendo el áspero camino que le ha llevado a gozar de libertad, de la libertad que no concibieron siquiera los hispanos musulmanes. He recordado muchas veces las palabras de Benedetto Croce definiendo a la historia como hazaña de la libertad y las he apostillado afirmando que a su vez la libertad es la hazaña de la historia porque los hombres la hemos ido conquistando en el curso de los siglos. Pueden algunos hoy admirar los regímenes comunistas que esclavizan a diversas comunidades nacionales. Esa realidad siembra de amenazas sombrías el mañana. La salvación del mundo está en que esas naciones evolucionen hacia una organización respetuosa de los derechos del hombre a disponer libremente de su vida.

Para mal de España entraron los islamitas en ella y para nuestro bien fueron vencidos y expulsados. Demos los españoles gracias a Dios por habernos librado del Islam. Porque los cristianos norteaños conquistaron sucesivamente las dos Andalucías: la del Guadalquivir primero y la granadina después, podréis vosotros amigos andaluces, gozar de la autonomía política que ahora deseáis. Por que sois nietos de los conquistadores cristianos podréis vivir autónomos dentro de España.

No seré yo quien se interfiere en vuestro camino. En mi «Testamento histórico político» defendí la República Federal. Todas las regiones de España tienen derecho a seguir el mismo camino, eso sí sin privilegios para ninguna, porque nos hermana la historia. Demos realidad a la clásica definición de Kant: Que la libertad de cada uno coexista con la libertad de los demás dentro de un régimen común de libertad.

Os abrazo en nombre de la Castilla norteaña, de la Castilla que en 974 había ya conseguido libertades de que nunca gozaron los moradores de la Andalucía islámica. En nombre de la Castilla norteaña de la que emigraron al sur muchos, muchos de vuestros lejanos abuelos. Y que siempre he sentido devoción por esa Castilla novísima que es Andalucía.

Claudio SANCHEZ-ALBORNOZ

Al comprar su piso  
exija la tarjeta C.S.P.



La tarjeta C.S.P.  
es la garantía que  
le ofrece Corporación  
Inmobiliaria Hispamer.

C. del Rosario -  
Gral. Mitre - Via Augusta

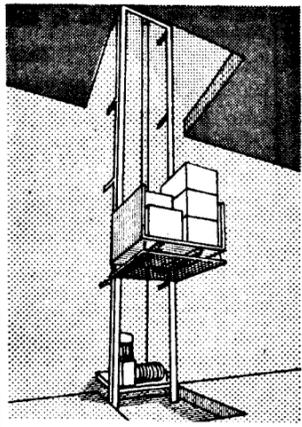
Promueve y vende



CORPORACION INMOBILIARIA  
HISPAMER  
Grupo Banco Hispano Americano

Construye  
nuñez  
y navarro

MONTACARGAS  
CARGAS HASTA 500 Kg. O MAS  
DISPOSITIVOS SEGURIDAD



hijo de Fco. BUSQUÉ  
CALDERON, 121 - Tel. 725 49 85  
SABADELL

SUDAMERICA

Salidas semanales todo el año

- Buenos Aires desde 69.500 ptas.
- Montevideo desde 67.500 ptas.
- Caracas desde 69.445 ptas.

Consulte nuestras facilidades de pago.

VIAJES  
SUDAMERICA  
Acequia Condal, 13 (Clot), T. 245 24 04  
Sants, 29, T. 421 91 11. BARCELONA

La calle y su mundo

«Negrín»

Se vende un galgo por 250 millones. (De los periódicos.)

El bicho es noticia, porque su dueño lo pignora en esa cantidad astronómica. Se comenta que por esa cifra se compran todos los galgos de la provincia de Valladolid y aún sobra dinero en abundancia. Un diario local ha publicado la noticia, que cabe sea una serpiente de verano, y por el contrario es posible que la oferta sea razonable si el can es campeón mundial de carreras tras liebre y está en condiciones de ganar todas las que se presenten. Cuando su propietario fue preguntado sobre si no se había excedido en el precio, replicó que pensaba pedir trescientos millones. Por pedir que no sea, decimos nosotros, que oímos hablar de millones como si oyéramos llover mensamente. Uno se acostumbra a oírlo todo, incluso las tonterías.

Pero si sorprendente resulta la tasa canina, no lo es menos que obedezca si le llaman «Negrín». Don Juan Negrín fue, como sabemos todos, un eminente fisiólogo, catedrático de la disciplina y hombre de ciencia, al que los azares de la política llevaron a la presidencia del Gobierno de la República en los anales de la guerra civil. El profesor fue calificado de monstruo por sus enemigos, y es el caso que en aquellas calendas y en la primera posguerra innumerables perros fueron llamados de esa manera, con lo cual sus dueños, naturalmente de las derechas, mostraban su desprecio por el famoso doctor socialista. También algunos sujetos atezados y malencara-

dos recibieron el mismo remoquete. En ciertas casas se decía que era menester avisar a «Negrín» para que viniera a arreglar los grifos. «Negrín» era el fontanero. Se repetía el fenómeno provocado por la Revolución rusa, cuando múltiples mastines y podencos atendían por «Lenin» y «Trotsky». En el primer bienio republicano una señora amiga le puso a su perrito el apelativo «Azañita». No estamos debidamente informados, pero suponemos que en la retaguardia republicana habría perros sumisos a los vocablos «Franco», «Yagüe» o «Queipo». Por lo de pronto, a las lentajas, consumidas en cantidades industriales, se les calificó de «Píldoras de Negrín». Es la cerrazón de todas las épocas de fanatismo.

Se me antoja curioso, repito, que, a más de cuatro décadas de lejanía de la contienda española, haya todavía personas que le endosen a sus perros el nombre de Negrín, aun tratándose de una excepción. El galgo está valorado en una millonada y podrán llamarlo el «Galgo Negrín». La aparición de este can corredor surge cuando de don Juan sólo se ocupan los historiadores, y los devotos de la lectura esperan que salga a la luz su biografía, escrita por Juan Marchal, uno de nuestros ilustres emigrados. Al doctor Negrín era difícil echarle un galgo, aunque quizá le atrapase el de Valladolid, animal prodigioso y bastante caro. Cuando, vencido y derrotado, Negrín se largó a las Américas sus incondicionales se regocijaban comentando que los vencedores le echaban un galgo, inútilmente, claro... — ERO.